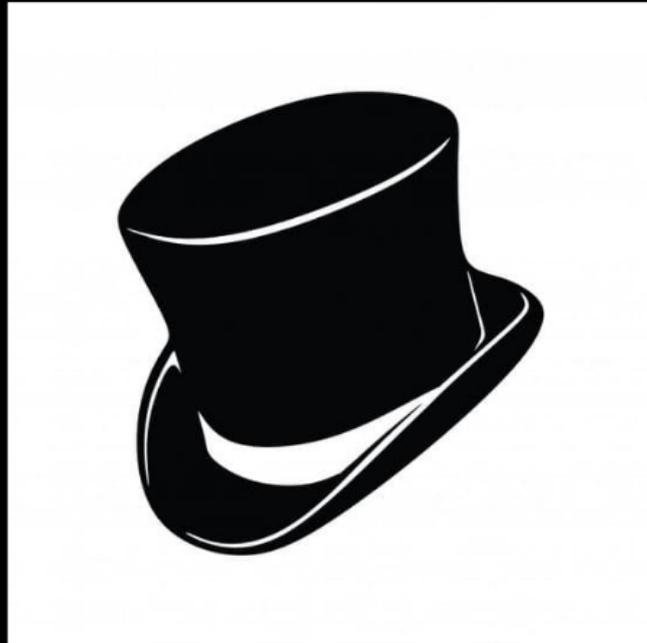


El hijo del sepulturero

Jesús Aurelio Tresguerres Vázquez

J. A. TRESGUERRES

*El hijo del
sepulturero*



Capítulo 1

Preludio

I

El agujero aún no era lo suficientemente profundo. El suelo de la que sería la tumba de su hijo aún estaba demasiado cerca de la superficie. Echó un vistazo más a la mortaja y se levantó la gorra para secarse la frente con la manga antes de continuar con su labor. Su esposa seguía sentada en el suelo, a su lado, inmóvil, con la mirada perdida en la inminente puesta de sol. En esta aciaga época ya no se lloraba a los muertos. La plaga había terminado, junto con más de la mitad de la población, con las lágrimas destinadas a los que ya no estaban.

Los brazos le comenzaban a flaquear, pero ceder ante el cansancio no era una opción. Ya sabía lo que pasaba a los muertos que no eran enterrados por sus seres queridos. Su cuerpo no yacería eternamente en una amalgama de cuerpos quemados. Su espíritu no iría a las verdes montañas más allá del mar en un enjambre de almas. Las fosas comunes no, el no. El tendrían un camino propio para hacer el último viaje.

El cementerio había comenzado en los terrenos que ocupaban la parte trasera del templo destinado al culto al sepulturero, *tarde sea el día que tengamos que requerir de sus servicios*, pero ya llegaban hasta el linde con el bosque de Malcuria. Los tejos eran incapaces de dar sombra a todas las tumbas; sus frutos insuficientes para decorar las lápidas. Las briznas de hierba, que se erguían orgullosas hace medio año atrás, solo eran un recuerdo, habían sido pisoteadas o sepultadas en barro y sangre verde coagulada.

Cuando los últimos rayos de sol se posaban sobre la estatua que coronaba el templo, el sepulturero, apoyado en su pala con las manos a la altura del pecho, supo que era la hora de terminar con su tarea. La tumba no le parecía lo suficientemente profunda, pero seguramente jamás se lo parecería. Lanzó la pala fuera del agujero y esta le respondió con un golpe sordo. Inspiro con los ojos cerrados y los pulmones se le llenaron de olor a tierra mojada, humo y podredumbre. Después de dos intentos logró salir del hoyo, tropezando con el borde, cayéndose de bruces y haciéndose un profundo corte en la mano derecha con la pala.

–Joder –gritó, seguramente más alto de lo que debería. Su esposa ni tan siquiera alzo la vista.

La herida le retrasaría. Sacó un sucio pañuelo de su bolsillo y, ayudándose de los dientes, se lo ató en la mano. Hizo girar la mortaja y el cuerpo cayó haciendo un ruido que lo acompañaría eternamente. No fue el sonido el sonido que se esperaba, un objeto sólido estrellándose contra la tierra mojada; sonó a huesos rotos y tela desgarrándose. Al menos ya sabía a ciencia cierta que no estaba dormido, pues ni un mínimo quejido salió de entre las sabanas. Cuando vertió la primera palada se permitió una lágrima; la que se prometió que sería la última. Continuó sin apartar la vista de la montaña de tierra.

Poco a poco, con ritmo constante, el montón de tierra fue menguando.

Un llanto de bebe que destrozó el sepulcral silencio que dominaba la arboleda a su espalda le hizo levantar la mirada. *¿Qué clase de sádico traería a un bebe a este campo de muerte? ¿O acaso ya no tiene con quien dejarlo y, como yo, ha venido a enterrar a sus seres queridos?*, pensó. Volvió la vista a su montón de tierra y continuó hasta terminar con él. Aunque no se percatara de ello, su esposa levantó la cabeza y, desorientada, miró a su alrededor buscando el origen del llanto. Esta fue la primera reacción de su esposa en días. La primera reacción desde que su hijo contrajera la Sangre Verde.

A golpe de pala le dio forma al montículo. El llanto volvió a llegar de entre los árboles. Esta vez más fuerte, no debía de estar lejos. El sol ya se había ocultado prácticamente en su totalidad así que se vio obligado a encender su candil antes de proseguir. Coloco la lápida, que había comenzado a tallar, en madera de tejo, como mandan las enseñanzas, en cuanto su hijo mostró los primeros síntomas y se tomó unos segundos para mirarla a modo de despedida.

AQUÍ LLACE LOGON

AMADO HIJO

El llanto volvió a romper el silencio. Miró en todas direcciones, la creciente oscuridad impedía ver de dónde provenía, pero el viento parecía traerlo del oeste, la zona más alejada del templo, la zona de las fosas comunes. Para bien o para mal tenía pasar por allí para regresar a casa. No tenía ganas de ver como enterraban a quien sería uno de los padres de la criatura, quizás a ambos, pero dar un rodeo sin apenas luz podría hacer que terminara por caerse en una tumba abierta, o peor aún, en una de las fosas comunes. Se giró para recoger a su mujer y llevarla a casa, pero esta, ya no estaba allí, sentada en el suelo. Por un breve instante se le paró el corazón y temió que se hubiera ido para terminar con su vida. Sabía que se le había partido el corazón en tantos pedazos, que ni un millón de artesanos podrían haberlo devuelto a su forma, pero ¿tanto era su dolor como para cometer el mayor de los crímenes? Bien era sabido que el Sepulturero es generoso con quienes enterraban a sus muertos,

pero también era implacable con aquellos que, por propia voluntad, obligaba a los suyos a darles sepultura. Encendió su farol de aceite y la buscó desesperadamente durante unos interminables segundos. Al fin pudo verla, su silueta se perdía entre los tejos, en dirección a casa. O eso es lo que al él le gustaría pensar, porque presentía que se dirigía hacia el llanto en la arboleda.

II

En busca de su esposa, se adentró entre los tejos con el farol en su mano izquierda y la pala abrazada con el brazo derecho. Afortunadamente, la sangre se había secado, pegando el pañuelo a la mano y ya apenas sangraba; pero agarrar la pala con ella habría, sin duda alguna, hecho que la herida se abriese de nuevo.

–¡Málíka! –llamó, esperando una respuesta de su esposa que no le llegó, fue el llanto el que lo hizo

Ahora que se encontraba más cerca, pudo distinguir que sería un recién nacido, de una edad similar a su hijo. Su difunto hijo. Su único hijo. El niño que murió antes de tener la oportunidad de sentir el vértigo de vivir. Un escalofrío le recorrió la espalda. Ya tenía una absoluta certeza de a donde se dirigía su esposa. Si quería encontrarla solo debía buscar la procedencia del llanto. Aceleró el paso, agachándose repetidas veces un instante después de que una rama baja le arañara el rostro.

Málíka había sido toda su vida un ejemplo de pragmatismo, pero los dos últimos días no era ni una sobra de ella misma. Tras la muerte de Logon se había sentado, abrazando sus rodillas frente al cuerpo inerte, y allí había permanecido velándolo hasta el momento de su entierro, con los ojos fijos en la pared. Ni una lágrima, ni un mínimo sollozo. En dos días no consumió alimento alguno, ni tan siquiera se levantó para hacer sus necesidades, lo que obligó a su esposo a limpiar varias veces el suelo y a bañarla y cambiarle la ropa antes de ir al camposanto. Ella tenía la vida que siempre había soñado y todo cambió en un instante; lo tenía todo controlado, pero el viento sopló en una dolorosa dirección y su timón se quedó sin timonel. Su barco estaba a merced de imprevisibles corrientes de aire.

Tras avanzar unos cien metros y recibir media docena de arañazos le llegó el olor a humo y carne quemada, por suerte no llevaba nada en el estómago, de lo contrario lo habría dejado entre las raíces de algún tejo. Diez metros después ya veía el final de la arboleda y, tras ella, la danzante luz de un fuego. Continuó su búsqueda y, al llegar a los últimos árboles, comenzó a oír voces, aun incompresibles. Una mano le agarró del brazo con fuerza, haciendo que casi se le cayera la pala, y lo atrajo hasta detrás de uno de los tejos. Era su esposa, con el dedo índice perpendicular a sus labios, indicándole que no dijera nada. Alzó el candil para ver su

rostro y vislumbró con claridad sus ojos, los ojos de alguien que ha perdido completamente la cordura. Esa mirada le partió en mil pedazos, le destrozó aún más que la pérdida de Logon. Málíka apago el candil y señaló hacia la hoguera, junto a la que se encontraban dos soldados. Sus cascos y chalecos de acero brillaban con el baile de las llamas. Un hilo de voz salió de entre sus labios.

–Robert, escucha. Quieren matar al niño.

Ambos se asomaron tras el árbol, uno por cada lado. Los soldados estaban junto a una pila semienterrada de cuerpos ardiendo. Algunos estaban parcialmente amortajados, otros desnudos. Los soldados habían estado saqueando los cuerpos antes de arrojarlos a la pila funeraria. Uno de ellos era alto y delgado, el otro marcado por la viruela. Ambos estaban, lanza en mano, frente la mortaja abierta de la que parecía surgir el llanto del bebé.

–En mi puta vida había visto algo así, ¿estás seguro de que no sería mejor llamar a un sacerdote? Esta zorra ha dado a luz varios días después de muerta, si esto no es obra de brujería que la Santa madre nos ampare, pues esto es el fin del mundo –dijo el picado por la viruela.

–Pareces aún más idiota de lo que pensaba. Sin lugar a duda es un demonio y no el hijo de una bruja ¿Has visto sus ojos? Lo mejor sería arrojarlo al fuego, además, si llamas a un sacerdote nos tendrán días con preguntas o, peor aún, nos mataran por temor a que nos haya lanzado algún hechizo... o poseído –le respondió el alto.

Málíka tocó el hombro de su marido.

–Robert, tenemos que hacer algo, quieren matarlo, solo es un niño Robert, por el amor de la Madre, tenemos que impedirlo –susurró.

–¿Qué quieres que hagamos, mi amor? Son dos soldados, no podemos hacer nada, sin duda nos matarían a nosotros y después al niño. Puede que a ti te hiciesen algo incluso peor. Después nos arrojarían con el resto de los cadáveres y nadie se enteraría jamás–. Una lágrima recorrió el rostro de la mujer y por un breve instante sus ojos parecieron acercarse mínimamente a la cordura.

–Calla, he oído algo –Dijo el soldado más alto

El corazón de Robert se detuvo. Los habían descubierto, estaban perdidos.

–¿Dónde?

–Allí tras el montículo –dijo señalando con la lanza hacia un montículo de tierra, posiblemente una antigua tumba sin lápida, cubierto de musgo.

–Joder, ahí no hay nada, habrá sido algún carroñero que venía a darse un festín y se ha asustado al vernos. No levantará más de medio palmo, que iba a esconderse ahí detrás, ¿una ardilla? –se rio jocosamente de su compañero y le golpeó con la punta de la lanza en el casco de metal, haciendo vibrar la pica que lo coronaba.

Ambos volvieron la mirada a la mortaja. Robert y su esposa volvieron a respirar. No habían sido ellos quienes llamaron la atención de los soldados. Falsa alarma. Pero su tranquilidad duró únicamente el breve instante que transcurrió hasta que una sombra paso a su lado y les habló sin detenerse.

–Esperad aquí, por favor. Vuelvo en unos minutos.

Parecía la voz de una mujer. Fue al salir de entre los árboles cuando pudieron ver su figura, al ser iluminada por la luz de la crepitante hoguera que abrasaba sin piedad la maraña de cuerpos. Sin lugar a duda se trataba de una mujer, rubia y con coleta baja, pero iba vestida tal que un hombre; con tricornio, zapatos de piel, pantalón y gabardina, todo ello negro. Caminaba hacia los soldados, ayudándose elegantemente de su bastón de madera, coronado en su punta con una bola de marfil.

–Buenas noches, señores – dijo a los soldados

El llanto cesó. Los soldados se sobresaltaron a oír la voz. El más bajo, lanza en mano se giró colocándose instantáneamente en posición de defensa, su compañero sacó su pistola de la parte de atrás del cinturón y apuntó a la figura que parecía aparecer de la nada, sin hacer el mínimo ruido al caminar. Su sorpresa fue aún mayor al encontrarse frente a aquellos ojos verdes que los miraban. Era una mujer bella, no llegaría a la treintena, y su pecho se hacía presente aún con la camisa blanca de caballero y el blazer gris.

–No acostumbro a tener encuentros nocturnos con soldados, pero este no me parece el recibimiento más apropiado –Prosiguió la mujer.

El más alto bajó, con la punta de su pistola, bajó la lanza de su compañero.

–Tampoco nosotros solemos encontrarnos con mujeres a estas horas, al menos en cementerios –sonrió con una mueca que pretendía ser seductora –. Y menos aún vestida de semejante manera, he torturado por brujería por bastante menos. En tu caso podríamos hacer la vista gorda,

siempre y cuando nos des algo a cambio. ¿No crees, Tom?

–Creo que sí, Ash. Podría empezar por quitarse esa ropa como signo de arrepentimiento. Así sabríamos que ha sido solo un error, que no sabía lo que hacía, y con un... pequeño castigo podríamos dejarla marchar.

–Quizás hasta te guste el castigo, nunca se sabe.

–No veo porque he de ser castigada –les dijo la mujer con una leve sonrisa.

–Por ser una bruja, ¿qué mujer decente se vestiría si no con ropas de hombre y caminaría sola por el cementerio cuando el sol ya se ha puesto? Es un caso claro y, en estos casos, por si no lo sabes, los soldados tenemos la potestad de ser juez, jurado y verdugo. Quizás no seas de estas tierras y no lo sepas, después de todo estamos ya cerca de la frontera, y puede ser que la hayas cruzado sin darte cuenta. Pongámonos en el caso de que en tus tierras esta sea una vestimenta adecuada para una dama, cosa que dudo. En el mejor de los casos podría ser un error por tu parte. Como tengo la duda de si es o no un error por tu parte aún no te he lanzado a la hoguera. Estamos siendo buenos al pensar bien de ti. Se buena tú también con nosotros y acércate, queremos que verte bien

–Dijo Ash.

–Sí, acércate, o si lo prefieres me acercaré yo –continuó Tom soltando su lanza y acercándose a ella.

–Tranquilo hombretón – dijo la mujer apoyando la punta de su bastón, con el brazo estirado, en el chaleco-coraza del soldado –, no estoy aquí para daros placer, mis motivos son bien diferentes, y voy a explicároslos sin más dilación.

Robert miraba la escena con atención, sin saber aún cómo reaccionar. Su primer impulso había sido agarrar a su mujer e irse corriendo por donde habían venido, pero conocía bien a Málíka y sabía que no se iría de allí fácilmente. Siempre había sido testaruda. Ahora que se había propuesto salvar a aquel niño, o lo que fuese que se escondía en aquella mortaja, nada ni nadie haría que cejase en su empeño. Tras descartar esta primera opción había surgido la segunda, luchar. Sus opciones de victoria eran tirando a nulas, dos mujeres y él, sus únicas armas: un bastón y una pala, contra dos soldados, entrenados para el combate, con lanzas y pistolas. Sumando su herida en la mano derecha, que aún no había dejado totalmente de sangrar, creaba el cóctel perfecto de una derrota y sus cuerpos ardiendo en una fosa común. Miró a su esposa y esta no perdía detalle de la mujer y los dos soldados, aguzando el oído para no perderse nada. Robert buscó con la mirada algo que aumentara sus posibilidades de victoria, quizás algún potencial testigo que disuadiera a los guardias, algún arma, posibles rutas de escape en caso de tener que huir... y

entonces lo vio, el montículo que había distraído a los soldados unos instantes atrás ya no estaba allí. Atónito, pudo verlo, deslizándose lentamente, de manera casi imperceptible, hacia la espalda de los guardias.

–Mi Nombre es Viesca –prosiguió la mujer, bajando el bastón al ver que el soldado ya no intentaba acortar distancia –y estoy aquí para evitar una tragedia, siempre y cuando tengáis una pizca de inteligencia, por supuesto. No necesito que os presentéis, vosotros sois Thomas y Ashem Sellbille, hijos de Jerrim y Ananda –los soldados dieron un paso atrás, cierto desconcierto asomó en sus miradas –. Mi paciencia aún no se ha terminado, pero la habéis menguado lo suficiente para que responda a vuestras acusaciones y amenazas. Venís a este santo lugar, un lugar bajo el amparo del sepulturero, con la sencilla misión de cavar una fosa común, descargar un carro de muertos y quemarlos. En lugar de ello robáis a los muertos, apartáis varios para venderlos a seudocientíficos e intentáis matar a un neonato a punta de lanza. Con esto a vuestras espaldas no solo no sentís el más mínimo arrepentimiento, si no que al encontraros con una mujer lo primero que hacéis es proferir falsas acusaciones de brujería e intentar violarla. Sois despojos de una sociedad decadente que bien merece la plaga que padece. Si bien es cierto que no todos los que debieran morir lo harán, también es cierto que algunos que no lo merecen perecerán innecesariamente, más estoy segura de que el sepulturero indemnizará a quien corresponda– giró su rostro para mirar la arboleda, algo desconcertante para los soldados, pero un gesto inequívoco para el matrimonio de que se refería a ellos.

–Tienes una lengua ágil, zorra, y sin duda eres valiente –respondió Ash notablemente enojado –. No sé cómo sabes nuestros nombres y lo cierto es que importa más bien poco. Somos soldados del emperador y haremos lo que nos venga en gana. ¿Te crees que vas a acojonarnos? ¿De verdad piensas que porque hayas visto lo que hacemos con esta panda de mendigos muertos vas a suponernos un problema? No es que nadie fuera a creerte si lo susurraras a los oídos adecuados, es que no vas a poder contárselo a nadie con una puta bala en la cabeza. Te follaremos si nos apetece, no veo cómo vas a impedirlo, lo que aún no he decidido es si estarás viva o muerta cuando lo hagamos. Y como me golpees con ese bastón o simplemente me roces con él, te lo voy a meter por el culo hasta que te salga por la puta boca.

–Suficiente, lo he intentado. Son tuyos –Dijo Viesca, se giró y se alejó de ellos en dirección a la arboleda –. Robert, Málika, si sois tan amables taparos los ojos. Es mejor que no veáis lo que va a suceder.

Ninguno de los dos se los tapó, tardaron demasiado en reaccionar.

Los soldados oyeron un gruñido tras ellos, giraron sus cabezas y lo vieron. El montículo ya no se encontraba en el mismo sitio que hacía unos

minutos, si no a tres metros de ellos. El musgo que lo cubría vibraba, parecía que cada hebra tuviera vida propia, moviéndose a un lado y al otro como si el viento soplara en un millón de direcciones a la vez. Lentamente comenzó a levantarse, dejando ver las patas de un animal. Al principio les pareció que se hallaba debajo, escondido, más pronto que tarde descubrieron que el montón de tierra formaba parte del animal, de metro y medio de altura, que les enseñaba sus fauces. Parecía un lobo, más cuando se acercó, con paso lento, dibujando un semicírculo en torno a ellos, pudieron ver su verdadera naturaleza. No tenía pelo si no musgo, y su cuerpo parecía formado por tierra y raíces. Era más planta que animal. Su cabeza tenía ciertas similitudes con la de un lobo, al igual que su cuerpo y la forma de moverse, pero carecía de ojos ni espacio para albergarlos; de cada una de sus sienas nacían dos cuernos uno enroscado hacia adelante como el de un carnero, el otro ligeramente curvado hacia atrás y vertical, similar al de una cabra; sus dientes, al igual que los cuernos eran de obsidiana y la baba que brotaba de sus fauces era de un tono verde oscuro. Ash y Tom, tras los breves pero eternos segundos que le llevó creer lo que tenían ante sí (Habían torturado, violado y matado a muchas supuestas brujas, pero era la primera vez que veían algo que podía considerarse brujería) sacaron las pistolas, accionaron el percutor y dispararon a la bestia. Los disparos fueron engullidos por la masa de musgo, tierra y raíces sin frenar lo más mínimo su paso. Inmediatamente, aterrados, con lágrimas de terror en sus ojos, se agacharon a por sus lanzas, ese fue el momento que la bestia aprovecho para saltar hacia Tom, arrancarle la cabeza de un bocado y con un giro de cabeza arrojarla al fuego. A Ash, ya lanza en mano, se le aflojaron los intestinos y la vejiga al ver el cuerpo de su hermano decapitado. La sangre salía a borbotones del cuerpo que se movía espasmódicamente en el suelo, la misma sangre que ahora recorría los dientes de la bestia que lentamente se dirigía hacia él. Le arrojó su lanza, que falló por más de medio metro y se giró para salir corriendo en dirección contraria. La bola de marfil del bastón de Viesca le destrozó la mandíbula antes de que lograra dar el giro completo, tirándolo al suelo, hecho un ovillo, con las manos agarrándose la destrozada cara. Sus gemidos se transformaron en súplicas no pasado demasiado tiempo, pues Viesca le quitó el casco, lo agarró por el pelo y lo arrastró hasta la fosa común, dejando tras de sí un reguero de sangre que se le escapaba entre los dedos. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, haciendo palanca con el bastón lo arrojó al fuego. Las súplicas dejaron paso de inmediato en alaridos de dolor. Al ponerse en pie, completamente en llamas y casi ahogado con su propia sangre, lo recibió de nuevo la bola de marfil, golpeándolo en la sien y devolviéndolo, ya muerto, a la fosa.

El matrimonio no se tapó los ojos en ningún momento, en lugar de ello se giraron apoyando las espaldas contra el árbol en el mismo instante que la bestia arrancó la cabeza al primer soldado. El resto de la escena fueron sonidos cuya imaginación se vio obligada a dar forma. Sonido de huesos rotos. Gemidos. Algo metálico chocando con una roca. Mas gemidos.

Fuego crepitando. Alaridos. Mas huesos rotos. Silencio. La voz de Viesca.

–Es mejor que te vayas, amigo. Gracias, pero si continuas aquí asustaras a nuestros nuevos amigos. Te los presentaré en mejor ocasión, te lo prometo.

III

–Málíka, Robert, ya podéis salir, necesito hablar con vosotros.

La pareja tardó unos segundos en aparecer tras el tejo, el tiempo que los llevó reunir el valor necesario. Málíka, abrazada a su marido mientras ambos caminaban, miraba en todas direcciones buscando los cuerpos de los soldados, sus armas o uniformes, pero no alcanzó a ver nada, tan solo charcos y regueros de sangre como única prueba de lo que había acontecido. Viesca tenía en brazos al niño, envuelto en parte de una mortaja. Lo había limpiado torpemente y este dormía en sus brazos.

–Lo primero presentarme como es debido –comenzó la mujer –. Mi nombre es Viesca, disculpad mis modales de antes, pero urgía una intervención inmediata.

–No os preocupéis señora. No diremos nada de lo que aquí ha pasado. Mi mujer solo quería salvar al niño. Ahora que está a salvo nos iremos y olvidaremos todo. No tiene por qué hacernos nada. No hemos visto ni oído nada, por lo tanto, no podemos decir nada.

Viesca se rio bajando la cabeza, discretamente.

–No voy a haceros ningún daño. Estoy aquí para subsanar una serie de desgraciados acontecimientos. Ah, y, por favor, no soy ninguna señora, no aparento edad ni tengo condición para serlo, podéis llamarme Viesca.

La sonrisa de Viesca era a todas luces sincera, lo que tranquilizó al matrimonio.

–¿Él bebe está bien? –Preguntó Málíka.

–Muy bien, ¿quieres cogerlo en brazos? No estoy acostumbrada y no sé si lo estaré haciendo bien. Seguro que tú lo haces mejor.

Málíka miró a su esposo buscando aprobación. Nunca había necesitado el permiso de Robert, pero en estas especiales circunstancias algo la llevó a hacerlo. Este le dio el parabién con un gesto con la cabeza. Soltó a su marido y se acercó lentamente a Viesca y cogió el recién nacido de los brazos de su salvadora. Al ver el rostro del bebe no pudo evitar romper a llorar. Fueron lágrimas de felicidad, pero, con ellas, también salieron las

que por exceso de tristeza no brotaron con la muerte de su hijo.

–Lo haces infinitamente mejor que yo, se ve que serás una buena madre para él. No me miréis los dos con esa cara de asombro, este niño es ahora vuestro. Se muy bien que no salisteis de casa desde la muerte de vuestro hijo, nadie sabe que ha muerto, por lo que no tendréis que dar ninguna explicación. La plaga se llevó a alguien que no correspondía, los dioses lo acogerán con gusto, ya que no había cometido pecado alguno. Es una terrible pérdida, como dije antes, un desgraciado acontecimiento. Pero, como bien es sabido, el sepulturero es generoso con aquellos que respetan las tradiciones y os da la oportunidad de tener un nuevo hijo. Os ruego que lo aceptéis y lo criéis como los buenos padres que sé que seréis. Solo os pediré una cosa, darle un nombre.

–¿Cuál es su nombre? –Preguntó Málíka.

–Silván.

–Mi pequeño Silván –Dijo la nueva madre acariciando el rostro dormido de su nuevo hijo.